

Serret y Capello, Antonio

De la medicina considerada como ciencia y como arte : discurso leído ... en la Universidad Central / por Bernardo Arias Rabanal.

Madrid : Imprenta de Ramon Campuzano, 1860.

Vol. encuadernado con 25 obras

Signatura: FEV-AV-M-01428 (12)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

DE LA MEDICINA

CONSIDERADA

COMO CIENCIA Y COMO ARTE.

DISCURSO

LEIDO

POR EL LICENCIADO BERNARDO ARIAS RABANAL,

al investirse de Doctor en Medicina,

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL.



MADRID, 1860.

IMPRENTA DE D. RAMON CAMPUZANO,

calle del Ave María, núm. 17.

Banco de España. Biblioteca

DE LA MEDICINA

CONFERENCIA

COMO CIENCIA Y COMO ARTE.

DISCURSO

LEIDO

POR EL LICENCIADO BERNARDO ARIAS RABANAL,

al investigar de Doctor en Medicina,

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL.



MADRID, 1860.

IMPRESA DE D. RAMON CAMERON,

Calle del Azeite, núm. 17.

A la buena memoria de mi virtuoso amigo y distinguidísimo alumno de
Medicina, D. Pedro Gomez Valladares.

ESCO. E. ILNO. 51.

Esta obrilla, queridísimo Pedro, no es digna de tus méritos; pero al fin ha de salir al público y mi cariño pide que lleve delante un testimonio de que vives siempre en el amorosísimo recuerdo de tu amigo

literaria, me preparaba yo á elegir el título de este discurso, no creáis que adopté sin recelo el tema que lleva á su frente. Ciertó es que la idea de emplearme en manifestar los títulos gloriosos de la Medicina para ocupar un lugar únicamente entre las ciencias, de narrar sus excelencias y de ensaltar sus beneficios, me lisonjaba y me atraía; pero esta misma grandeza me hacia ver mi despropiedad, para enunciarla, ya que no para comprenderla, y me dejaba de mi intento, temeroso de no llegar á su logro sin riesgo de mi estimación. Vencieron, por fin, los impulsos del corazón á las reflexiones del juicio, y ofreciendo gustoso este peligro en las aras de mi grande amor á esta ciencia, bienhechora del hombre, traje á la memoria la bondad tierna y solícita con que siempre habeis corregido mis errores, y mi ánimo cobró nuevo aliento para hablar delante de vosotros de la Medicina considerada como ciencia y como arte. Y si mis palabras no responden á mis deseos, si no son dignas de los oídos que van á recogerlas, ni de la altura de la ciencia que las inspira, serán al menos poderosas para confundir la audacia de sus injustos detractores.

DE LA MEDICINA

A la buena memoria de mi virtuoso amigo y distinguido alumno de
Medicina D. Pedro Gómez Valladares.

Esta obra, queridísimo Pedro, no es digna de tus meritos; pero
al fin ha de salir al público y mi cariño pide que lleve delante un
testimonio de que vive siempre en el apocristimo recuerdo de tu

amigo

Bernardo.

EXCMO. É ILMO. SR.

CUANDO, deseoso de alcanzar el último envidiable láuro de mi carrera literaria, me preparaba yo á elegir el asunto de este discurso, no creais que adopté sin recelo el tema que lleva á su frente. Cierto es que la idea de emplearme en manifestaros los títulos gloriosos de la Medicina para ocupar un lugar eminente entre las ciencias, de narrar sus excelencias y de ensalzar sus beneficios, me lisongeaba y me atraía; pero esta misma grandeza me hacia ver mi desproporcion para enunciarla, ya que no para comprenderla, y me alejaba de mi intento, temeroso de no llegar á su logro sin riesgo de mi estimacion. Vencieron, por fin, los impulsos del corazon á las reflexiones del juicio, y ofreciendo gustoso este peligro en las aras de mi grande amor á esta ciencia, bienhechora del hombre, traje á la memoria la bondad tierna y solícita con que siempre habeis corregido mis errores, y mi ánimo cobró nuevo aliento para hablar delante de vosotros de la *Medicina considerada como ciencia y como arte*. Y si mis palabras no responden á mis deseos, si no son dignas de los oidos que van á recogerlas, ni de la alteza de la ciencia que las inspira, serán al menos poderosas para confundir la audácia de sus injustos detractores.

Sí, Señores, de sus detractores: bien sabéis que hay algunos temerarios que pretenden hacerla bajar á la humilde esfera de un arte, en que el azar fuera la única prenda del acierto; pero su mismo propósito los retrata. No los hallareis, de seguro, entre aquellos varones verdaderamente sábios, que, llevados del fin utilísimo de la Medicina, la cultivan, la ilustran y difunden y la convierten al comun provecho; buscadlos, por el contrario, entre aquellos críticos superficiales y ligeros, que, como dice un insigne hijo de Asturias, no por celo, sino por espíritu de contradicción, y no por convicción, sino por envidia y malignidad, murmuran de lo que no entienden y persiguen lo que no pueden alcanzar.

Pero, ¡cuán impotentes son los tiros que estos impertinentes zóilos asestan contra la Medicina, y cuán bien justifica ella el laudable anhelo con que contribuís á su adelanto, y cuán digna se nos muestra de su elevado carácter! Porque, al fin, ¿qué otra cosa son las ciencias sino aquel linaje de estudios en que el hombre, después de observar los hechos, indaga el orden de su causación y averigua sus leyes admirables para enderezarlas á algun fin noble y provechoso? Y por ventura, ¿carece la Medicina de alguno de estos requisitos? Su fin principal es la conservación de la salud y su restablecimiento, pero para conseguirlo ¿qué cúmulo de obstáculos necesita superar primero! Apenas enferma el hombre, cuando instintivamente reclama algun remedio que ponga fin á aquel estado miserable; pero para aplicarle es necesario conocerle, y hé aquí ya la *Terapéutica* abarcando en su inmensa jurisdicción y haciendo tributarias suyas á todas las ciencias físicas y naturales. Ellas la presentan el casi innumerable depósito de cuerpos que pueblan el universo; ellas la dan cuenta de sus propiedades, y desde la pequeñísima cantárida hasta la enorme ballena, desde el delicado liquencillo hasta los árboles mas corpulentos, desde la casi invisible lágrima de mercurio hasta la casi insondable inmensidad de los mares, no hay cuerpo, ni fluido, ni agente alguno que la terapéutica no examine y utilice para sus saludables fines. ¡Qué mucho, si nuestros

instintos, nuestras pasiones mismas la sirven á veces de únicos remedios ó de auxiliares provechosos!

Este conocimiento, sin embargo, seria inútil sin un guia que nos indicase el modo, el tiempo y los casos en que deben emplearse los medios, de que la terapéutica dispone y este es precisamente el oficio de la *Patología*. A ella está encomendado el estudio de las enfermedades, de sus causas y de su pronóstico, y en ella vuelve á ensancharse el círculo de las investigaciones del médico. ¡Qué atencion tan esquisita, qué constancia tan incansable, qué juicio tan recto y firme y á veces qué esfuerzos de genio necesita para averiguar el origen y generacion de algunas dolencias! El clima, la estacion, las modificaciones topográficas, los hábitos, la profesion, las leyes, todo el órden físico y moral es objeto del estudio de la etiologia, porque todas estas cosas pueden de mil diferentes modos ejercer su influencia en la produccion, curso y terminacion de las enfermedades. Y aun conocida la causa, queda por resolver el problema del diagnóstico, en cuya operacion dificilísima tiene que luchar el patólogo muchas veces con las percepciones engañosas de sus sentidos y de los del enfermo, no pocas con la superchería y la ignorancia y todas con las dificultades que le presenta la misma enfermedad.

Y ¿quién habrá tan temerario que intente estudiar los trastornos que la constituyen ó que de ella dependen, sin conocer antes aquel armónico admirable estado, en que todos los órganos desempeñan sin trabas sus funciones, y á que se dá el nombre de salud? Hé aquí justificada la necesidad del estudio de la *Antropologia*, de aquella ciencia, delicias del que la cultiva y cuyo sublime objeto es el hombre; el hombre, ni solo espíritu, ni solo cuerpo, pero union maravillosa de ambos, á cuya sola razon ha sido dado entre los mortales el conocimiento del Ser infinito de quien emana y á cuyo goce aspira.

Mas para que este estudio sea verdaderamente provechoso, es necesario hacerle completo: la *Anatomia* primero, investigadora infatigable de los resortes materiales que componen

la admirable máquina del cuerpo, la descompone en menudísimas piezas, penetra auxiliada del microscopio y de la química en su formación íntima, avanza hasta el mismo gérmen, asiste al desarrollo de sus diferentes órganos, los estudia primero separadamente, busca despues y encuentra sus enlaces, y cuando á fuerza de repetidos análisis, llega á hacerse dueña de nuestra organizacion, cuando vé aquellos detalles tan minuciosos al parecer tan sin orden y en realidad tan ordenados, la admiracion y el pasmo embargan al espíritu y hacen esclamar á un médico famosísimo de la antigüedad al frente de una de sus obras: «en este sagrado escrito yo compongo al Criador un verdadero himno mas piadoso sin duda que el sacrificio de numerosas hecatombes; en este estudio Le conózco y espongo á los demás cuál es su sabiduría, cuál su poder, cuál su amor y su bondad infinita.»

La *Fisiologia* es la segunda parte de la antropologia: por ella conocemos el uso de las diferentes partes del organismo, qué ya la anatomia como qué presente á la sola contemplacion de su estructura y de su forma; ella pone de manifiesto la necesidad y la importancia de aquellas minuciosidades tan esquisitas y tan fútiles en apariencia; ella demuestra como el sinnúmero de acciones que se verifican en esta multitud de particillas concurren despues á dos solas y principales; ella estudia la naturaleza toda para conocer su influjo provechoso en la vida, y asi como en el mundo todo lo contempla unido y entrelazado, así como el animal necesita del vegetal porque le da el oxígeno que le vivifica, y el vegetal del animal porque le presta el carbono que le alimenta, y ambos necesitan de la tierra, de cuyo seno sacan los principios con que se renuevan, y la tierra de ambos porque con sus despojos se toma fecundidad su aridez primera; así tambien en este pequeño mundo la inervacion, que rige y gobierna todas las funciones, no podria hacerlo si la sangre, llevada por la circulacion, no fertilizase con su riego los órganos que la sirven de instrumento; la misma circulacion no subsistiria si la digestion y la absorcion no preparasen y condugesen á la sangre los materiales que

han de reparar sus pérdidas; estas dos últimas funciones no llenarian su importante objeto sin el auxilio necesario de las dos primeras; todas ellas, en fin, unidas en mútua dependencia se sostienen entre sí y reciben su fomento de las mismas á quienes lo prestan, predicando mudamente la bondad del Hacedor Supremo, cuya sabiduria resplandece con luz vivísima en este encadenamiento siempre ordenado, jamás rotó ni interrumpido.

Aun no termina aquí el estudio del hombre: su parte incorpórea, aquella nobilísima porcion de ser, reflejo lucidísimo de la perfeccion divina, soplo misterioso de vida inspirado por Dios mismo en el rostro del primer hombre, el alma, en fin, cae tambien debajo del dominio de la antropología. Y ¿cómo no, si en ella se cifra la suprema gerarquia del hombre en la creacion? ¿cómo no, si por ella goza de libertad, don preciosísimo, que le hace merecedor de premio y de castigo y cuyo subido valor se aquilata en los tiros que la maldad ó la locura le dirigen y con que insensatas intentan destruirle? ¿cómo no, si por ella se gobierna la palabra, vínculo poderoso, que junta al hombre con sus semejantes y hace á cada uno en cierto modo participe del saber y del poder de todos? ¿cómo no, si ella sola es capaz de penetrar las causas y subir por ellas al conocimiento de aquella Primera de la que todas se derivan, y allí, arrebatada en alas del entusiasmo, é iluminada por aquella luz sobrenatural que de sí misma despidе esta Primera causa, contempla estasiada su divino origen y suspira por el altísimo y gloriosísimo inefable fin que la está prometido? Así la *Psicología*, que puede muy bien llamarse la fisiología del espíritu, dá cima y corona al estudio del hombre con el del ejercicio de su alma, y así solamente, estudiando unidas estas tres partes de la antropología, puede comprenderse hasta donde llega nuestra flaca razon, el comercio del cuerpo y del espíritu.

Ved, pues, Señores, retratados en tosco bosquejo los objetos á que se dirigen las investigaciones de la Medicina, el hombre y la naturaleza: ¿necesitaré decir que en ambos encuentra la filosofia su aplicacion mas alta? Antes esta verdad

es tan manifiesta que difícilmente habrá alguno que la desconozca; por ventura ¿no está vivo en la memoria de todos el recuerdo de una discusión célebre, habida en una corporación ilustre, en que vuestras mismas elocuentes voces, unánimes en este punto, dieron de ella claro testimonio? La Medicina, en efecto, ha logrado sus mayores adelantos mientras han reinado en filosofía los buenos métodos: si el grande y clarísimo talento del médico de Coos aplica al estudio de esta, entonces arte, la observación y la inducción aunadas, la comunica tan vigoroso empuje, que logra arrancarla de los misteriosos Asclepiones donde el fanatismo gentilico la tenía oculta y aherrojada, y declarando, adelantándose á su tiempo, que la vida es resultado armónico de las fuerzas propias del hombre y de las del mundo en que vive, que la enfermedad no reconoce en manera alguna causas sobrenaturales sino solo el desequilibrio de uno de estos componentes, y que el médico al aplicar un remedio es solo el intérprete fiel de las tendencias de la naturaleza, consigue dotar á la Medicina de un principio fundamental y un método seguro que la levantan al rango de verdadera ciencia; si por el contrario, el funesto método aristotélico se enseña de todas las escuelas durante la edad media, la Medicina queda como paralizada, ó lo que es peor, abandonada á los estravíos de algunas cabezas locas ó delirantes, esparciendo apenas alguna luz en estas densísimas tinieblas la escuela de Salerno ó los escritos de los árabes; hasta que rotas y deshechas por el poderoso génio de Bacon las cadenas con que el filósofo Stagirita y sus secuaces tenían sujeta la inteligencia, la Medicina cobra vigor nuevo, los estudios analíticos se multiplican y se estienden, caen desmoronados á su impulso los deleznales desvarios que les precedieron, y si alguna vez un descubrimiento inexacto ó una teoría exagerada pretende dominar la ciencia, alcanza apenas un brillo fugacísimo que al menor soplo de la severa lógica se empaña y oscurece.

Sentada, pues, esta verdad «que la Medicina es el estudio filosófico del hombre y la naturaleza para procurar al primero el recobro de la salud perdida» ¿no sería temeridad insigne

despojar del carácter de ciencia á un tal estudio á tan provechoso fin destinado?

Pero la audacia de aquellos eternos enemigos de toda ilustracion, de quienes hablé al principio, no reconoce límites; y como si la hubieran estudiado y la conocieran por completo, presentan como argumento irresistible en contra de ella la insulsa vulgaridad de que la Medicina carece de principios ciertos: desgraciadamente para ellos esta objecion solo pone en claro su ignorancia. Si ellos supieran que la Medicina se apoya en el hecho inconcuso de la vida; que las leyes que rigen á esta, conocidas en gran parte; han sido formuladas por la ciencia con ayuda del método mas riguroso y despues de numerosísimas observaciones, verificadas y comprobadas en todos tiempos y circunstancias; que los principios mas circunscritos, que sirven de guia en la práctica, vienen naturalmente deducidos del conocimiento de estas leyes; que el lenguaje, en fin, con que se esplican unas y otros, es propio y esclusivo de esta ciencia; ni estrañarían que haya quien de antiguo asegure que la Medicina sabe dar razon de lo que hace, ni asentarian con tan reparable ligereza, que carece de principios ciertos.

Bien sé yo que en todo rigor de lógica y siendo la ciencia como fin del método, una série de verdades dependientes unas de otras y subordinadas á un principio, es necesario que la relacion que existe entre este y los particulares sea manifiesta y, por decirlo así, palpable; sé tambien que en Medicina no todo es esplicable, y por consiguiente hay casos en que esta relacion no puede demostrarse; pero ¿el cargo que por esto se pudiera hacer á esta no seria comun á todas las demás ciencias? Cuando la Academia define la ciencia «sabiduría de las cosas por principios ciertos», pone como único ejemplar las matemáticas; y en efecto, en ellas solas puede encontrarse esa relacion tan íntima y tan precisa entre los particulares y los generales: la misma fisica no tiene un principio tan general que abrace todos sus tratados: ¿qué relacion hay en efecto entre la mecánica y la óptica, entre la acústica

y la electricidad? ¿no han venido y vienen los nuevos descubrimientos á demostrar como grandes errores los que antes se tuvieron por grandes verdades? Aun dando por cierto el supuesto de que esta y las demas ciencias que tienen por objeto el mundo inorgánico adelantan en sus conquistas mas rápidamente que la Medicina, ella encontraría sobradamente justificado este pretendido atraso en la índole misma de los hechos sujetos á su observacion. Los fenómenos de la materia bruta siempre fijos, sujetos siempre á unas mismas leyes, simples en sus manifestaciones, pueden ser observados á voluntad del que los estudia, y ensayados, multiplicados, rectificadas por medio del experimento, llegan mas pronto á reunirse en número suficiente para constituir principios ó leyes generales; en el hombre por el contrario, causas muy diferentes dan lugar muchas veces á los mismos efectos, estos se modifican por mil circunstancias diversas, casi siempre complejos, necesitan de una observacion mas detenida y minuciosa, y sin embargo, las ocasiones de observarlos siempre son fugaces, los experimentos siempre peligrosos, el juicio por lo tanto mas difícil, todo, en fin, concurre á demostrar la verdad de aquel tan sabido, y repetido, y glosado «*ars longa, vita brevis.*»

Es, pues, cosa probada, que no hay razon plausible para despojar á la Medicina del carácter de ciencia que la pertenece; y si en ella y en todas las otras no se encuentra esa infalibilidad, que la envidiosa ignorancia las exige, no disminuyen por eso ni la nobleza de su aspiracion, ni el valor de las verdades que trabajosamente ha atesorado.

Pero la Medicina, no satisfecha con cuidar incesantemente de la salud de los individuos, vela tambien solicita por la conservacion de las sociedades; y si mirada bajo el primer aspecto es tanta su utilidad y tantos sus títulos al agradecimiento comun, no son menores ciertamente los que la asisten cuando, unida á la ciencia del gobierno, procura por el bienestar y el perfeccionamiento de los pueblos.

Hé aquí precisamente la alta mision de la *Higiene pública*: no es esta en realidad una parte de la Medicina, sino la apli-

cacion de toda la ciencia á la administracion civil; y esto solo dice cuán vasta deba ser la estension adonde alcanzan sus beneficios y cuán diferentes sus cuidados. Ya se ocupa, en efecto, en la posicion de las ciudades y estudia la atmósfera, y examina las aguas, y registra las tierras y sus productos, y de todo se sirve, y todo lo proporciona á su objeto; ya fija su atencion en los vestidos y procura con sus consejos hacer de ellos una verdadera defensa y no una tortura intolerable; ya atiende á los alimentos y señala los provechosos y nocivos y da reglas para su preparacion y su uso; ya mira á las diferentes profesiones y regula el trabajo y el descanso, de modo que sirvan á la robustez y al desarrollo del cuerpo y del espíritu y no á su enervacion y acabamiento; ya observa nuestras pasiones, nuestras sensaciones mismas y las templá y modera ó las dirige á fines saludables; ya preside la construccion de un hospital ó un cementerio, ya á la de un campamento ó de un navio; aquí evita los daños que produce el cultivo de una planta, allá ordena la policia de un espectáculo público; ahora establece el gobierno de un manicomio ó de un colegio, luego el de un lazareto ó de un presidio; en una palabra, á todo atiende, nada desprecia, por nimio, por poco interesante que aparezca, con tal que contribuya al cumplimiento de aquella antigua máxima que le sirve de norma y divisa «la salud del pueblo es la suprema ley.»

Bien conocia la importancia de esta ciencia aquel anciano venerable, asombro de su siglo mientras vivió y despues su ornamento y su gloria; él uniendo el ejemplo al precepto nos dejó en sus obras verdaderos modelos que imitar en este género de escritos, labrando con ellos un monumento perpétuo á su fama; bien la conocieron tambien los legisladores de los mas grandes pueblos de la antigüedad, dándola un lugar preferente en sus leyes y bien palparon sus buenos efectos. Digalo si no el pueblo escogido atravesando incólume un desierto abrasado por los rayos del sol: díganlo las repúblicas de Grecia, cuyos ciudadanos llegaron á fijar en su raza el tipo de la belleza y de la perfeccion humana; cuyos soldados en número pequeñisi-

no lograron vencer y desbaratar las numerosas falanges de los persas, enervados por el lujo y la molicie; cuyos poetas, cuyos filósofos, cuyos oradores, cuyos políticos son, aun hoy mismo, objeto de universal asombro: díganlo aquellos terribles legionarios, que midieron con su pié el mundo, llevando á todas partes las águilas vencedoras y las leyes del pueblo rey: díganlo aquellos fortísimos guerreros que se vestían de la pesadísima armadura como pudieran del más ligero y fino paño y arrojaron allende los mares las huestes agarenas ó las buscaban en su misma pátria para arrebatárles los lugares venerandos en que se cumplió nuestra redencion dichosísima; dígalo, en fin, ese gimnasio célebre fundado en la capital de la vecina Francia, no sé si para gloria ó baldon nuestro, por un español conocidísimo, y que ha visto salir de su recinto sanos y robustos á tantos y tantos, condenados al entrar en él á arrastrar, tal vez pocos años, una vida valétudinaria y miserable.

¡Cuán distantes nos hallamos hoy de las repúblicas de la Grecia! Hay quien las moteja de abandonar el cuidado de las dotes intelectuales por atender solo al de las fuerzas físicas; pero ¿tendrá algun valor esta asercion cuando se trata de la pátria de Homero y de Píndaro, de Sófoeles y Eurípides, de Esquines y Demóstenes, de Platon y Sócrates, de Zéuxis y de Fidias, de Pericles, de Hipócrates, de Euclídes, de Epaminondas, de Jenofonte y de tantos otros, cuyos solos nombres son la mejor apología de aquella region afortunada y la proclaman maestra del mundo en todo género de ciencias y de artes? Y aunque fuera cierto este cargo que se hace á los griegos ¿por qué no les imitamos en lo que hicieron bien y no nos apartamos de ellos en lo que erraron? Ellos con menos luces, guiados solo de una esperiencia, no tan completa, ciertamente, ni tan perfecta como la que han alcanzado los modernos, lograron formular algunos preceptos higiénicos cuyo cumplimiento les fué tan provechoso, ¡y nosotros con los auxilios que nos prestan la extraordinaria estension y perfeccionamiento de todas las ciencias físicas y naturales y la esperiencia de

tantos siglos, tenemos aun que tomarlos por modelo! Se pone un especial cuidado, dice un célebre fisiólogo, en el cultivo de las plantas, se premia á los que mejoran las razas de los animales, y nada se hace por el hombre! Esta sentida queja está fundada desgraciadamente en la verdad mas dolorosa: la civilizacion, con todas sus ventajas, tambien acarrea males incontestables, y en vano la Medicina, á una con la religion y la moral, ofrece sus luces para descubrirlos y su auxilio para estirparlos; en vano recuerda el fin desgraciado de las mas poderosas sociedades, todas arruinadas á impulsos de una civilizacion mal entendida; el ánsia desenfadada de goces que traen consigo los adelantos materiales es el único consejero á quien se oye, y si alguna vez se ha implorado el socorro de la higiene, ha sido solo cuando el mal ha llegado á aquel extremo, á que, segun la elegante frase de un orador elocuente, suele ser necesario que toquen los males públicos para empuñar á la indolencia en su remedio. Ojalá los pasados escarmientos sean preludeo saludable de aciertos futuros, ojalá que de hoy mas los avisos de la Medicina no sean otros tantos vaticinios de Nereo, y entonces la higiene ocupada mas bien en prevenir y casi nunca en combatir, veria cumplido el fin verdadero de su instituto.

Hemos, pues, visto la grandeza de la Medicina como ciencia; falta solo para cumplir el objeto de esta recitacion, declarar de qué modo y en qué ocasiones podemos considerarla como *arte*. Llámase arte por la Academia á «toda coleccion de reglas para hacer bien alguna cosa» y segun esta definicion salta desde luego á la vista que el arte médica no es otra cosa que la ciencia aplicada, ó por decirlo mejor, la parte ejecutiva de la misma ciencia. Esta, pues, apoyada en las leyes generales, de que es única guardadora, dicta las disposiciones convenientes á los multiplicados y diferentes casos particulares, y al arte toca despues su cumplimiento. Y sin embargo de ser el arte la aplicacion de la ciencia, tambien es en cierto modo su cuna y su origen: la Medicina en efecto, como todas las experimentales, ha comenzado por la observacion instintiva

y puramente empírica de los particulares; empleando luego la comparacion fué sucesivamente y de abstraccion en abstraccion, elevándose al conocimiento de los principios generales, que son los que forman la ciencia, y esta despues, facilitando con sus luces las nuevas investigaciones ha aumentado el caudal de sus conocimientos, y es á su vez la mas segura, la única guia del arte. Se ha comparado esta por un médico célebre con la política y el arte militar, y con razon, pues en la práctica de la Medicina hay cambios repentinos, que exigen una intervencion pronta y activa, y á los cuales el arte no podria acudir sin tener á la vista los principios de la ciencia, que le han de indicar los nuevos auxilios que debe emplear para dominarlos. Síguese de aquí que en una ciencia tan vasta y de aplicaciones tan inmensas, las reglas del arte tienen que ser numerosísimas y abrazar objetos por extremo diferentes; y así como la ciencia se vale del auxilio de las demas sus compañeras, así tambien el arte necesita de las otras, ya mecánicas, ya las mismas liberales, para cumplir su cometido.

Y que esto sea así, fácil y prontamente se convence; hay en Medicina diversos tratados que pueden tomarse por otras tantas artes; el arte de la esploracion, el arte de la cirugia y el de recetar son los principales y cada uno de ellos se vale principalmente de otras artes y aun de algunas ciencias. El primero, por ejemplo, al inquirir por medio del interrogatorio la invasion y curso de una enfermedad, que no se ha observado desde el principio, se perderia en un dédalo de preguntas, que servirian solo á oscurecer lo mismo que trata de buscar, si el arte de la lógica no le sirviese de guia, enseñándole á discernir las necesarias y las inútiles, las principales y las accesorias; y si en la observacion de los síntomas se vale principalmente de los sentidos, estos, sin embargo, serian insuficientes en muchos casos, sin la ayuda que les prestan, la física con los lentes, el estetóscopo y el microscopio; la química con sus análisis de los humores y de los sólidos; la esfigmología y la sintomatología en general con la valuacion de todas estas apreciaciones.

Pero donde se hace mas notable esta diferencia teórica entre la ciencia y el arte, es en la cirugía, y en ella tambien se hace mas patente la íntima union que en la práctica existe entre ambas. La cirugía, en efecto, ocupada en suministrar á la Medicina los auxilios manuales de que necesita para el tratamiento de ciertas enfermedades, se identifica mas por esta razon misma con las artes, y aun si se quiere, con las artes mecánicas; pero ¡cuántas reflexiones han precedido á la invencion y aun á la ejecucion de cualquiera de sus manobras! ¡qué modificaciones tan importantes imprimen en ellas el sexo, la afeccion, las condiciones sociales del enfermo! ¡cuántos accidentes imprevistos pueden ocurrir aun en las mas sencillas! Pocas líneas mas en una incision, un ligero desviamiento del instrumento, una compresion escesiva ó prolongada, un poco de aire introducido en ciertas cavidades, una anestesia muy duradera, un estado patológico, á veces levísimo, el abuso de un medicamento, mil circunstancias diferentes y al parecer insignificantes, pueden dar lugar á complicaciones terribles y á la misma muerte; por eso la anatomía, y la fisiología, la patología y la terapéutica, la ciencia toda, en fin, preside á las mas pequeñas operaciones, y sin poseerla nunca alcanzaria el cirujano aquel valor á un tiempo firme y sereno, de que necesita y que dista tanto de la fria insensibilidad que el ignorante vulgo supone, como de ceder á los impulsos irreflexivos, aunque siempre generosos, de una compasion imprudente.

Hé aquí, como en la práctica la ciencia y el arte se confunden en uno mismo y no se pueden señalar sus límites; y asi como el arte sin la ciencia se convertiria bien pronto en una rutina bárbara y perjudicial ó cuando ménos inútil, asi tambien la ciencia necesita del arte para remontar su vuelo en busca de la verdad y cumplir su mision salvadora. El hábil escalpelo del disector presentando á la vista nuestros órganos, el diestro remedo que de estos ofrecen la escultura y el dibujo, los fenómenos que ya en diferentes animales, ya rarísima vez en el hombre mismo produce y repite el

esperimentador diligente, la sirven de base principal para conocer nuestra organizacion; la literatura y las artes todas del bien decir, templando la rígida severidad de sus especulaciones, las hacen en cierto modo accesibles á todos y facilitan su enseñanza; con ellas adquieren sus ministros aquel trato ameno y afable, que tanto sirve al consuelo de sus clientes, y con ellas tambien serian riqueza y pulimento, las que ahora son, por desgracia mia, pobreza y desaliño de este discurso; en las bellas artes, en fin, en la audicion de una música agradable, en la contemplacion de un lienzo ó de una estátua, ó en la interesante descripcion de una escena tierna y afectuosa ó de una miserable catástrofe, encuentra la ciencia muchas veces aquellos movimientos del ánimo, ya dulces y reposados, ya vehementes ó impetuosos que tanto sirven á veces al tratamiento y curacion de las enfermedades de la inteligencia, ó á hacer mas llevaderos los dolores de un mal incurable ó las incomodidades de una convalecencia penosa.

Esta intimidad, esta obligacion recíproca de la ciencia con el arte y de este con la ciencia, forman el principal carácter de la Medicina: ciencia, á ninguna de las humanas cede ni en la utilidad de su fin, ni en la nobleza de su objeto; arte, á todas aventaja en dificultad y en la bondad, si no en la belleza de sus obras; ciencia y arte, premia liberalísimamente los desvelos de sus hijos por alcanzarla, y aunque el mundo pague muchas veces con la ingratitud sus beneficios, nunca podrá arrancarles aquella dicha interior, aquel gozo purísimo que resulta de hacer el bien, el único de los que hay sobre la tierra que no lleva consigo algun sinsabor que lo acibare. No caben, no, en el que llega á poseer la Medicina, ni la duda impía, ni una credulidad supersticiosa y bárbara; antes por el contrario, cuando contempla la obra maravillosa de la creacion y conoce aun someramente los portentos que por todas partes ofrece, sus ojos ansiosos se abren á aquella luz celeste, que jamás se oculta á los que ardientemente la desean, y perciben claramente la existencia de una Omnipotencia y una Sabiduría infinita; acostumbrado á la vista de la muerte y juz-

gando por ella la brevedad de la vida, siente con mas fuerza dentro de sí un alma inmortal, y espera confiado otra mansion eterna; cuando reconoce y admira la bondad infinita con que la Sabiduría y la Omnipotencia increadas atienden á nuestra conservacion y á nuestra gloria, su corazon se inflama en un amor ardiente á esta Bondad suprema, su mente, en fin, y su ser todo, la adoran rendidamente y cumple gozoso aquel gran precepto del Apóstol: «*rationabile obsequium vestrum.*»

Y tú, origen de tantos beneficios, ¡oh Medicina! cuya figura augusta y venerable nos cobija, perdona la insuficiencia de mi lábio, y atiende solo á que, lleno de amor tuyo, he osado decir en tu alabanza delante de este respetabilísimo senado, teniendo en poco el peligro de mi estimacion.

Madrid 27 de Enero de 1860.

*Unicamente lo que me ha servido de Dios
hecho hombre, pudieron levantar á la humanidad y librarme de la
abyeccion en que habia caido.*

Bernardo Rabanal.

